

ARMANDO RODRIGUEZ VICTORIA

TRUJILLO Y EL PRINCIPIO DE UNIDAD NACIONAL



EDITORA MONTALVO
CIUDAD TRUJILLO
1945





30064-10

BNPHU

PD-RV

F-RD 28

276
4
R696T
P. 2
BY
A.B. 1929
R696T
P. 2

Señoras i señores:

Por la índole de mi formación mental, a la vez que por temperamento, no son de mi gusto los malabarismos verbales i jamás echo mano de los extremos de expresión. Me encanta la sencillez, creo que la justicia del elogio lleva aneja la mesura en las palabras i detesto cierto literatismo que fía el éxito al uso inmoderado de lo que yo llamo cartuchos detonantes.

Y ahora, propiamente hablando, comienza esta disertación. La Metrópoli mantuvo siempre sus colonias en la más absoluta servidumbre. Bajo el régimen colonial, jeneraciones tras jeneraciones vejetaron en la más crasa ignorancia i la más oprobiosa abyección. Y sin transición, bruscamente, estos pueblos de la América Española pasaron de la esclavitud sin civilidad a la emancipación política. El feudalismo, que virtualmente había sido trasplantado a nuestra América, arraigó aquí más vigorosamente que en la Europa medieval i, consumada la independencia, dejó en cada pueblo hispanoamericano este hijo lejitimo: el personalismo, el caudillaje.

Más de trescientos años de coloniaje no habían de transcurrir en vano, i han pesado como gigantesca montaña sobre el alma de estos pueblos de Ibero

020447



América. Como no habían hecho el aprendizaje de la libertad, como no podían apetecer una civilidad que nunca disfrutaron, como no se les enseñó más que a obedecer por el temor ciegamente a un amo, al entrar estos pueblos en la vida autonómica el resultado fué en todos ellos el desbordamiento del personalismo, la parcialidad, la patria escindida espiritualmente, las banderías irreconciliables, las facciones que alternaban lo épico con lo picaresco, las taifas que sin salir jamás a la defensa de ideales, no combatían sino por algo con equivalencias lucrativas. Y en los repliegues del alma multitudinaria se incrustó la nefastísima concepción que llevaban en el meollo los listos i los aprovechados que ejercían el caudillaje de las masas: la concepción del *Estadobotín*; i secuela de esa concepción fueron las constantes discordias intestinas, la anarquía, el vandalismo destructor.

Existe una conexión estrechísima, mejor dicho, una íntima correlación entre el estado social i el régimen político, sin que pueblo alguno constituya la excepción a esta regla. El estado social que he apuntado, de disgregación del organismo estatal i atomización de la autoridad, jeneraba los jefezuelos rejionales, o sea, el fenómeno del caciquismo. Y por regla jeneral, los jefes de Estado lo eran por el sostén que les prestaban los caciques.

Estimo oportuno dedicar dos palabras a esa enfermedad socio-política que antaño tanto combatí en mis incursiones al periodismo.

Esa supervivencia histórica nefastísima —el caciquismo— rejía en cada rejión la vida en todas sus manifestaciones. Todos los resortes de gobierno,

todos los recursos que los pueblos dan a sus mandatarios para revertirlos en beneficio del contribuyente, para aplicarlos a la consecución del bienestar común, eran puestos al servicio, primordialmente, de las ambiciones e intereses egoístas del cacique. Puede decirse que apenas había una provincia en que no vejetase una tribu, "el tipo social a que, en rigor, el caciquismo corresponde".

La policía, el Ministerio Público, las Alcaldías, los Ayuntamientos, las oficinas i empresas públicas; todo, absolutamente todo lo que debe servir al procomún, estaba maniatado i manejado por el cacique; por donde la libertad, en lo esencial, se encontraba intervenida por el cacique.

En todas partes un ambiente irrespirable para quien no estuviese dotado de alma de lacayo; un ambiente denso, de insinceridad, de reserva meticulosa, de aplanamiento, de carnerismo, de pueblo sin un ápice de vida anímica.

Realidad abrumadora: "una tiranía más humillante cuanto más hipócrita; la tiranía de la ineptitud, de las intrigas, de las concupiscencias, de los fámulos i aduladores de tertulia, de los arribistas de camarilla i de los vástagos del caciquismo".

En el pueblo sólo debía haber una opinión: la del cacique: un interés, el del cacique; una voluntad, la del cacique. Para los incondicionales del cacique, la lei era letra muerta; para los que cometían el desacato de pensar i actuar libremente, la lei era algo tanjible i cierto: era la violencia, la opresión, la iniquidad, el escamoteo del derecho.

Los intereses del procomún sólo tenían una razón de ser: el que sirviesen de pasto a voraces

e ineptos parientes i paniaguados del cacique. De nada servía la capacidad, si no hacía acto de sumisión lacayuna al cacique, si no renunciaba perrunamente a la individualidad. Vivir era sinónimo de domesticidad. “El cacique hizo del ciudadano, un siervo, del hombre una res lanar”.

“El caciquismo representa por su propia índole, en la esfera directriz de la política i del Estado, la negación de todo derecho, de toda técnica, de toda ciencia, de todo principio de civilización verdadera. Toda la finalidad de ese caciquismo —finalidad egoísta, intrascendental, casera— se encierra en estas dos inferiores aspiraciones: dominar, no gobernar; expoliar, no administrar”.

En ese estado de desintegración nacional, la sociedad dominicana era presa de tantos tiranuelos cuantas eran las provincias.

El pueblo, sin madurez ciudadana, i hasta sin instinto defensivo de sus intereses permanentes, no colaboraba con los gobiernos, i los funcionarios, dependientes de los políticos militantes, se cuidaban más de la politiquería que de su función u obligación.

El Presidente de la República poseía en precario la autoridad, una autoridad circunstancial, sujeta de ordinario al influjo a las veces preponderante de las militancias caciquiles, sin más finalidad que la satisfacción de ambiciones o apetitos personales i la conquista i acaparamiento de sórdidas ventajas materiales.

Como rasgos bien definidos, característicos de nuestro pueblo i que le dieron en el pasado su fiso-

nomía peculiar, pueden señalarse la falta de fe en la legalidad, de confianza i persistencia en el uso del derecho i la innata propensión al desbordamiento del albedrío, a tirar por los atajos antisociales.

En un conglomerado semejante, típicamente anorgánico, cualquier zarabanda de las facciones era elevada a la categoría de revolución legalista o reivindicadora i a sus actores más destacados había que llamarles pomposamente paladines de las libertades públicas. Comedias, naturalmente, porque si hai una verdad inconcusa es la de que en este país jamás se ha operado una verdadera revolución. Revolución significa renovación; es ascensión, es llegar a planos superiores, i no puede darse un impulso renovador fecundo sin que vaya precedido de una perseverante i concienzuda labor educacional que transforme radicalmente la ideología, las ansias, las apetencias i las aspiraciones populares.

La pugna convulsiva de las facciones determina el estancamiento de la vida nacional. Por un encadenamiento lógico de las causas i concausas ligeramente esbozadas, hemos sido el país clásico de los motines, algaradas i pronunciamientos. Una arrabalesca i selvática representación revolucionaria ofreció al mundo durante años i años el bochornoso espectáculo de la vesania colectiva, del gravísimo mal del convulsionismo *gavillero*, que encarnaban en las zonas urbanas los ambiciosos sin mentalidad ni escrúpulos i en las campiñas los perdonavidas cerriles llenos de pretensiones.

Entretanto, los gobiernos habían de estar arma al brazo, en pie de guerra, aún en los breves períodos de aparente tranquilidad, i la atención que de-

bían dedicar a los negocios públicos les era absorbida por la ineludible tarea de prevenir los consuetudinarios asaltos i de defenderse.

Todo intento de rectificación i depuración era frustrado por los revolucionarios profesionales, que explotaban la ignorancia de la masa, los instintos multitudinarios; i el profeta sin armas era escarnecido i fracasaba siempre.

Pero hai una lei sociológica que, como todas las leyes naturales, es ineludible i se cumple a despecho de la voluntad humana. Es una lei que nunca falla; la vemos cumplirse al través de la historia de todos los pueblos. Esta lei puede enunciarse del siguiente modo: toda reacción es proporcionada al estado de anormalidad del organismo social en determinado momento.

“La sociedad se mantiene gracias al equilibrio de los intereses de sus miembros. Cuando este equilibrio se rompe, los apetitos i los odios se desencadenan libremente. Entonces el poder cambia incessantemente de manos i la anarquía dura hasta el día en que una autoridad fuerte, apta para restablecer el orden, es unánimemente reclamada”. Esta es clara enseñanza, objetiva enseñanza de la Historia.

Los conductores de pueblos no son producto del azar o la casualidad, sino algo así como la resultante natural de exigencias o necesidades vitales del cuerpo social, efecto de la voluntad de vivir, que desde las entrañas de los pueblos clama más ahincadamente i con más fuerza que en los individuos. Y del fondo de su pueblo, así surgió Trujillo: como una incontrastable i apremiante necesidad.

Es tan difícil darse cuenta de que la tierra se mueve en el espacio, que en descubrir eso se tardó milenios. "Ningún hecho político se produce por obra del azar o porque lo suscite la ambición de un hombre o de un grupo de hombres. Un hecho es un desprendimiento de la realidad que contemplamos. Su fuerza es la misma que la del aerolito desprendido del astro. Suponer que lo ha enjendrado nuestro capricho o nuestro interés es tan absurdo como decir que una tempestad ha sido preparada en el observatorio meteorológico. Un hecho tiene vida i, queramos o no, acaba por exigirnos un gasto de atención para interpretarlo i un esfuerzo de actividad para encajarlo en la serie de acontecimientos que es una historia".

Con el advenimiento de Trujillo al poder sueña la hora del reajuste. La gran misión histórica de este gobernante ha consistido en edificar i robustecer la UNIDAD NACIONAL, mediante el descuaje del caciquismo i la erradicación del morbo de las convulsiones intestinas i el aniquilamiento del espíritu *gavillero*. En vez de los feudos caciquiles que desintegraban o desarticulaban la Nación, ésta es un todo orgánico con un fin común supremo, i al concepto de Estado-botín sucede el de Estado-servicio, que va abriéndose paso en la conciencia colectiva.

El bien común reclama unidad de mando, i gobernar es dirigir con autoridad. Trujillo no es un teórico encaramado en una cátedra, sino el gobernante soldado de sus convicciones, ejecutor de sus pensamientos, obrero del propio ideal en la realidad práctica de la vida.

Gobernante con perspicaz sentido de lo real, deja en el observador la sensación de que parece tener siempre in mente este oráculo del penetrante Gracián: milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre.

Como Julio César, como todos los grandes jefes, alienta fe ciega en su estrella i dispone del ademán avasallador. Decidido a que la vida nacional no desemboque en la anarquía ni resulte humillación, la ha mantenido en la integridad intangible de su ordenación soberana i ha combatido hasta destruirlos, los factores de perturbación que condujeron al país a una vergonzosa bancarrota moral i material.

“Es apenas necesario apuntar las ventajas directas que se derivan, para una nación bien organizada, de la estabilidad i la continuidad. La vida de la nación, como la del individuo, es una melodía en que se entrelazan armónicamente ritmos de mui diversas amplitudes. Puede incluso decirse que, puesto que la personalidad estriba en la consistencia i persistencia de la conducta, una nación que no tiene continuidad ni estabilidad no es ni siquiera nación”.

Si una nación goza de autonomía política i carece de independendencia económica, sólo posee una caricatura de soberanía. La restauración de la independendencia económica, consumada por Trujillo, es parte esencialísima en la magna obra de la UNIDAD NACIONAL, obra moldeada por maravilloso artífice en la arcilla rebelde que es el pueblo.

“La gran fuerza inmanente en las entrañas de la sociedad, la que la conforma i la impulsa, es la

necesidad de subsistir, adaptándose a los cambios ambientes, tanto del orden físico cuanto del orden social; i esta necesidad imperiosa es la que la enseña a mantenerse coherente”.

Con certera intuición, las jentes repudian la vuelta a las andadas, esto es, abominan de todo intento de destrucción o resquebrajamiento de la UNIDAD NACIONAL. Preservemos esa obra, encajando en cada cerebro este principio: “el individuo es un átomo al que la nación infunde su propia inmortalidad”.

En Trujillo, político eminentemente realista, se muestra bien marcado el rasgo que puede denominarse afán constructivo, i ese afán está impregnado del más intenso i arraigado nacionalismo, doctrina inspirada principalmente en el interés de la Patria, en cuyos destinos tiene el Presidente Trujillo una fe robusta e inquebrantable.

Y heme ya en el punto culminante de esta somera disertación; como que ahora voi a rozar lo que desde el punto de vista del patriotismo reflexivo i previsor resulta en mi concepto lo más grande en la gran obra de la UNIDAD NACIONAL: la dominicanización de la frontera.

Por impotencia o debilidad de nuestros gobiernos (efecto de la desintegración nacional ya señalada), que no por falta de previsión patriótica, venía consumándose —desde remota época i sistemáticamente— la africanización del país por medio de la invasión pacífica, cada vez más creciente, de haitianos; invasión entre cuyos males figuraba el envilecimiento del jornal en perjuicio del trabajador dominicano.

Además, vivos siempre los recuerdos de un pasado de horrores, el pueblo dominicano era presa de constante alarma a causa de la cuestión fronteriza. Nuestro territorio en la zona de la frontera, desde el Atlántico al Mar Caribe, era algo promiscuo, impreciso, indelimitado; una abstracción jeográfica; el caos, en suma. En otras palabras: la posesión i la propiedad de esa parte del territorio dominicano habían sido al través de los siglos una ininterrumpida frustración vergonzosa.

Pues bien: con la misma decisión i acerada voluntad de Francisco Pizarro al saltar la raya para escalar los Andes, Trujillo dió un tajo glorioso en la Historia i trazó una valla eterna, echó una divisoria real, permanente, indestructible, levantando ante las hordas tradicionalmente enemigas e invasoras un antemural inaccesible; i en despejado horizonte, la sumidad del antemural, flama inviolable la enseña tricolor, que proclama a todos los vientos, con vívida elocuencia, la plena i perdurable posesión del suelo sagrado de la Patria, la soberanía incólume de la Nación Dominicana, respetada i para siempre respetable, a prueba de pruebas, libre i dueña de sus destinos.

Como la grandeza de las montañas, la magnitud de un hecho histórico no se mide, no se aprecia de cerca. La grandeza de la estupenda realización de Trujillo irá revelándose con el decurso de los siglos, vinculada primordialmente a ese portentoso histórico que con suma propiedad llamamos dominicanización de la frontera i significa el feliz coronamiento de la grandiosa obra de la UNIDAD NACIONAL.

Con la vista dirigida hacia la vertiente del pasado, repitamos esta enseñanza histórica: “En los grandes períodos de crisis de todo país, suelen aparecer esos hombres que recojen i moldean en hechos concretos las ansiedades que sienten de un modo difuso sus conciudadanos, i si su autoridad persiste, es porque un alto interés la hace necesaria”.

Así se explica la encendida, entusiasta adhesión de las multitudes dominicanas, que siguen a su conductor con la misma fe e idéntico fervor que el pueblo hebreo seguía a Moisés en la peregrinación hacia la Tierra Prometida.

Permitidme ahora una efusión personal. Esta disertación no es el flujo verbal de un fanático adherente, sino labor de frío análisis. Me propuse, i creo haberlo realizado, no ver a Trujillo al través de cristales de aumento.

Al poner punto final a estas palabras, que mañana, en la eterna mudanza de la vida, yo repetiría, conscientemente i satisfecho de mi consecuencia conmigo mismo, me complazco en decirle a Trujillo: Tu esfuerzo no ha sido vano. Los años pasarán; el espíritu crítico de la posteridad quizás rectifique algunos juicios de tus contemporáneos, en la apreciación de tu obra; pero tu gloria de forjador de la Unidad Nacional fulgurará siempre en los cielos serenos de la Historia, i permanecerá incólume, aunque contra ella se desaten los vendavales de la incomprensión o la injusticia.

24 de setiembre de 1945.



BN
PD
FR

